

»virtud que se lanza hácia donde quiera que la ve. Dios  
 »mío, cuánto me he conmovido cuando he oído cantar  
 »aquellas palabras del Salmo: *Los gorriones tienen un asilo,*  
 »y la tórtola un nido donde poner á sus hijuelos. ¡Oh, Reina  
 »del cielo! me he dicho entonces, ¡oh María, casta tortoli-  
 »lla, vuestro polluelo tiene por nido mi pecho! Cuánto me  
 »han impresionado también estas palabras de los Cánticos:  
 »*Mi amado es todo mío y yo soy todo suyo; él mora en mi*  
 »*seno;* y estas otras que Jesús parecía dirigirme: *¡Ponme*  
 »*como un sello sobre tu corazón!* Y en efecto, era allí donde  
 »yo le tenía.»

Se concibe cuál debería ser el celo de un Obispo tan piadoso al subir al altar, para tener á Dios en sus manos, contemplarlo con sus ojos y recibirlo en su corazón. Celebraba todos los días la santa Misa, aun cuando fuese de viaje (1), y decía que hubiera estado disgustado todo el día si la hubiera omitido una sola vez (2). Para hacer mejor esta grande acción, se había trazado por escrito un método que ha sido felizmente conservado, cuyo pormenor es el siguiente.

Empieza por actos de amor, de adoración, de contrición, de satisfacción y de ofrecimiento; de aquí pasa á la meditación de los misterios acerca de nuestro Señor antes y después de la Misa, acompañados de consideraciones y afectos apropiados á cada uno de ellos; luego viene el capítulo noveno del cuarto libro de la *Imitación*, la oración de Gregorio XIII *Ego volo Missam celebrare, etc.....*, y otras varias oraciones á Jesucristo, á la Santísima Virgen, á los ángeles y á los santos. Después de esta preparación, el santo autor bosqueja los piadosos sentimientos que deberán ocuparle en cada parte del sacrificio; luego traza el modo de dar gracias, que hace seguir de diversas fórmulas de oraciones; y espone el modo de honrar á nuestro Señor como padre, como abogado, como maestro, como

(1) Dep. de Angelica Pesse.—El P. la Riviere.

(2) Dep. de Moccand.

juez, como médico, como pastor y como remunerador de los escogidos (1).

Deseoso de hacer amar la sagrada Eucaristía tanto como él mismo la amaba, predicaba ó hacia predicar todos los años el domingo antes del Corpus, para invitar á su pueblo á que se preparase á esta gran solemnidad. Durante toda la octava daba él mismo la bendición del Santísimo Sacramento, con el fin de atraer á ella mayor número de fieles; durante el año recomendaba en público y en particular la Comunión frecuente (2), y extendió esta devoción de tal manera, que en su diócesis, y principalmente en Annecy, la mayor parte se aproximaban á la sagrada mesa todas las fiestas y domingos, y los más relajados por lo menos en las fiestas solemnes (3). Para que pudieran verificar dignamente este acto, compuso para el uso de los fieles: 1.º Diversos avisos y ejercicios relativos á la manera de oír la santa Misa (4). 2.º Tiernas exhortaciones á la Comunión frecuente, acompañadas de los principios que deben servir de regla en esta materia (5). 3.º Diversos ejercicios muy piadosos antes y después de la Comunión, con una colección de oraciones é himnos traducidos para servir de preparación y de acción de gracias (6). Allí es donde su corazón se ve arrojar centellas de amor, de admiración y reconocimiento por el más amable de todos los misterios.

De esta devoción tan tierna á Jesucristo, destilaba como el arroyo de su fuente y como la consecuencia de su principio, la devoción á María; y en efecto, era un pensamiento suyo, que el amor de la Madre es inseparable del amor del Hijo; que es faltar á este no honrar á aquella; que cuanto más se ama á Jesucristo más se debe amar á

(1) Opusc., p. 322.

(2) *Espiritu de San Francisco de Sales*, p. XI, sec. XX.

(3) Juan de San Francisco, p. 491.

(4) Opusc., p. 475, 501 y 503.

(5) Idem, p. 206, 247, 590, 599, 604 y sig.

(6) Idem, p. 370, 583 y 636.

la que nos le ha dado, á la que Él ha amado tanto, y cuya gloria es la suya propia, porque saca de él todas sus grandezas; y que por último María, por su título de Madre de Jesucristo, nuestro soberano Padre, es nuestra Madre tambien, y así como Dios ha venido á nosotros por ella, desea que por ella tambien vayamos á Él (1). Consecuente con estos pensamientos, el santo Obispo tenia á María una devocion particular, un amor tierno, una confianza filial (2). «Siempre que entro, decia, en un lugar consagrado á esta augusta reina, un estremecimiento de mi corazon me hace conocer que estoy en casa de mi Madre, porque soy sin duda el hijo de la que es el Refugio de los pecadores.» (3)

Desde sus primeros años, esta devocion habia hecho las delicias de su corazon; habia entrado desde entonces en las cofradías ó congregaciones establecidas en su honor, y habia hecho voto de rezar el Rosario todos los dias de su vida, práctica que observó con tanta piedad, que empleaba en ella una hora entera, acompañando este rezo de la meditacion de los misterios del Rosario, y con tanta exactitud que cuando sus negocios le quitaban tiempo para hacerlo durante el dia, ponía su rosario en el brazo para acordarse de rezarlo antes de acostarse. Por avanzada que estuviese la noche, y aunque estuviera muy cansado, no quitaba nada á la oracion consagrada á María. Deseoso de estender una devocion tan amada de su corazon, recomendaba á menudo el rezo del Rosario, y enseñaba el método siguiente para hacerlo bien. «Después de cogido vuestro rosario por la cruz, decia (4), hareis la señal de la cruz y os pondreis en la presencia de Dios diciendo el *Credo*. En la cuenta mas gorda pedireis á Dios la gracia de rezar bien el Rosario, en las tres peque-

(1) Dep. del Marqués de Lullin.

(2) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. IV, s. XXX y XXXI.

(3) *Año Santo de la Visitacion*, 27 de agosto.

(4) El P. la Riviere, p. 50 y sig.

ños pedireis lo mismo á la gloriosísima Virgen María, saludándola como Hija del Padre, Madre del Hijo, Esposa del Espíritu Santo. Hecho esto, considerareis los misterios gozosos, dolorosos ó gloriosos, ó algun otro devoto asunto, que Dios os inspirará. Al acabar dareis gracias á Dios en la cuenta mas gruesa por las gracias recibidas durante este ejercicio, y en las tres pequeñas rogareis á la Santísima Virgen ofrezca al Eterno Padre vuestra memoria, para que os acordeis siempre de sus misericordias; al Hijo vuestro entendimiento, para que mediteis su sagrada Pasion; y al Espíritu Santo vuestra voluntad, para que esté siempre inflamada en su santo amor. En la cuenta mas gorda, al decir el *Padre nuestro*, rogareis á su divina Majestad lo acepte todo por su gloria y el bien de la Iglesia, que convierta á los descaminados y que bendiga á vuestros amigos. Luego direis el *Credo*, os persignareis y besareis la cruz, protestando que deseais ser devotísimo del divino Salvador y de su benigna Madre. *Amen.* Cuando el santo prelado oia tocar los *Angelus*, se descubria y rezaba de rodillas en cualquier lugar que se encontrase (1); y cuando disputaba con los herejes, se recomendaba siempre á la Santísima Virgen con entera confianza, con las palabras que le dirige la Iglesia: *Cunctas hæreses sola interemisti in universo mundo*. Reclamaba igualmente su socorro en todas las dificultades, y predicaba á todos esta saludable práctica. «Encuentro, decia, todo mi socorro en el Santísimo Sacramento y en la Madre de Dios, de la que siempre he recibido auxilios muy particulares y milagrosos. ¡Oh! yo conozco bien, añadia (2), la dicha tan grande que hay en ser hijo, aunque indigno, de tan gloriosa Madre! Emprendamos grandes cosas bajo su proteccion; y si somos tiernos en su amor, nos alcanzará lo que deseamos.» De aquí sus visitas á nuestra Señora *des Gres* cuando estudiaba en París;

(1) Dep. de Baysag.

(2) Dep. de la Santa Madre Chantal, art. 33, 117.

y mas tarde, sus peregrinaciones á Loreto, á Nuestra Señora de la Piedad de Thonon, á otros diversos santuarios de María, y la grande alegría que experimentaba al encontrar en la visita de su diócesis muchas iglesias dedicadas á esta santa Madre de Dios. Un dia en que, por intentar subir á una colina muy escarpada sobre la cual estaba situada una iglesia de la Santísima Virgen, se habia ensangrentado los pies, los que le acompañaban quisieron detenerle y hacerle renunciar á una escursion tan penosa. «Es cierto, contestó, que estoy muy cansado, pero si bien es para mí un motivo de vergüenza no estar bastante acostumbrado á la fatiga en el servicio de Dios, al mismo tiempo me llena de alegría haber derramado mi sangre en el servicio de la Madre de Dios.» (1)

Era tanta la devocion del santo Obispo á María que hablaba de ella en todos sus sermones, en todas sus conferencias y siempre que encontraba ocasion para ello (2); predicaba en todas sus fiestas; y el fervor, la alegría, la elocuencia de su palabra manifestaban sus sentimientos interiores. «¿Sabeis, escribia á la santa Madre Chantal (3), que nuestra gloriosa Reina me concede siempre una asistencia particular cuando hablo de su divina maternidad? Yo la rogaba que pusiese la mano en el precioso costado de su divino Hijo para tomar en él sus mas queridas gracias y dárnoslas con abundancia.»

Su tierna devocion á María le inspiró el pensamiento de dedicar á esta reina del cielo su *Tratado del amor de Dios*, y no se puede leer esta epístola dedicatoria sin admirar los santos ardores de su corazon para con ella. «Santísima Madre de Dios, le dice, la mas amable, la mas amante y la mas amada de todas las criaturas; postrado á vuestros pies os dedico y consagro esta pequeña obra de amor á la inmensa grandeza de vuestra dileccion. ¡Oh

(1) *Año Santo de la Visitacion*, 3 de agosto.

(2) Dep. de Favre.

(3) Dep. de la santa Madre Chantal, art. 33, p. 119.

«Jesus! ¿á quién podré dedicar mejor las palabras de vuestro amor, que al corazon amabilísimo de la mas amada de vuestra alma?» Todos los meses asistia regularmente á la procesion de la cofradía del Rosario, á la que pertenecia, llevando el Rosario en la mano con un exterior profundamente recogido; y todos los años el dia de la presentacion, renovaba el voto que habia hecho de castidad, cuando aún estaba en el colegio, bajo los auspicios de María, así como la resolucion de no ser mas que de Dios y de la Iglesia (1). El dia de la Inmaculada Concepcion, dia el mas amado á su piedad de todas las fiestas de la Virgen, fué convertido por su celo en fiesta de obligacion en toda su diócesis; habia escogido esta fiesta para su consagracion; y cuando todavía no era mas que subdiácono, habia establecido bajo la advocacion de la Inmaculada Concepcion una cofradía de penitentes. Finalmente, la mayor parte de su vida episcopal fue empleada en fundar en la tierra una orden que cantase todos los dias las alabanzas de esta soberana Reina, á saber, la orden de la Visitacion, encargada de rezar todos los dias el Oficio de la Santísima Virgen.

Despues de María, San José ocupaba el primer lugar en la devocion del santo Obispo. La vispera de su fiesta ayunaba á pan y agua, y el dia mismo de ella celebraba una Misa solemne, á la que invitaba á los músicos de Anancy, predicaba en el Oficio de la tarde y se estendia con delicias en el elogio del santo, al que llamaba el glorioso padre de nuestro Salvador y nuestro amor, su primer adorador despues de María, el esposo de la Reina del mundo (2), el modelo mas acabado de la firmeza cristiana entre los accidentes de la vida y de la obediencia debida á Dios y á la Iglesia (3), y el tipo de la virginidad, de la humildad y de la constancia (4). «¡Oh Dios, decia, cuán

(1) Dep. del canónigo Gard.

(2) *Año Santo de la Visitacion*, 19 de marzo.

(3) Conferencia III.

(4) Panegírico de San José.

»necesario era que este santo tuviese un corazón bueno y »recto, puesto que le ha sido dado poseer á la Madre y al »Hijo! Con estos dos tesoros podía causar envidia á los »ángeles, y desafiar al cielo al mismo tiempo, por poseer »mas bien que ellos; porque ¿qué hay entre los ángeles »que sea comparable á la Reina de los ángeles, y qué hay »en Dios mas que Dios?» (1) Por último, quiso que este gran santo fuese el patrono del instituto de la Visitación y el protector particular del monasterio de Annecy.

Tenia una devoción especial á los ángeles custodios, y eleva muy alto en su tercera conferencia el aprecio que debemos hacer de su asistencia. Tenia en particular al suyo propio un gran respeto mezclado de igual ternura, cuyo pensamiento se fundaba en que se complacia su piedad en que este ángel privilegiado acompañaba al arcángel Gabriel en el misterio de la Anunciación, habia cantado en los cielos *Gloria in excelsis* la noche de Navidad, y habia hecho compañía á nuestro Señor en el pesebre y en el desierto. Cuando entró en el Chablais, saludó al ángel de la provincia; cuando conferenciaba con los herejes, saludaba á su ángel recomendándose á su protección; y cuando predicaba, hacia una larga pausa despues del *Ave Maria*, paseando sus miradas por todo su auditorio.

Habiéndole preguntado un día uno de sus canónigos la causa de esto: «Saludo, le contestó, al ángel de cada uno »de mis oyentes, y le ruego prepare el corazón del que »tiene á su cuidado, con cuya práctica he recibido gran- »des favores.» (2) En fin, cuando restableció los ermitaños del monte Voiron, les prescribió rezasen diariamente las Letanías de los santos ángeles, y los puso bajo la protección del coro de los Principados (3).

En cuanto á los santos que la Iglesia honra con su culto, los veneraba á todos, amaba y recomendaba la lec-

(1) Carta CXLIV.

(2) Dep. de Francisco de la Pesse.

(3) Dep. de Francisco Favre.

tura de sus vidas, á las que llamaba el Evangelio en acción (1), pero veneraba entre ellos de un modo muy particular á aquellos que habian trabajado y sufrido mas por Dios y por la Iglesia, como San Pedro, los dos santos Juanes, San Luis, Santo Tomás de Aquino, San Bernardo, San Carlos, cuyo sepulcro habia regado con sus lágrimas, y al que habia rogado le enseñara á gobernar la diócesis de Ginebra como habia gobernado la de Milan. Por la misma razón amaba á San Ignacio, hácia el cual, decia, habia concebido una tierna inclinación cuando estudiaba en París, en Pádua y mas particularmente en Roma, visitando su sepulcro; á San Francisco Javier, á quien llamaba el gran modelo de los misioneros; á San Francisco de Paula, cuyo cordón llevaba esteriormente desde que lo recibió en Grenoble de manos del Padre Billy; á santo Domingo, padre de tantos apóstoles y apóstol él mismo; á San Sebastian, patrono de la capilla del castillo de Sales (2); á Santa Teresa, que habia renovado en el mundo la devoción á San José, del que tan poco se hablaba antes que esta Santa lo hiciera; al Buen Ladron y á la Magdalena (3), modelos ambos de la verdadera penitencia; á Santa Blandina, cuya prisión y reliquia visitaba siempre que pasaba por Lyon, «porque, decia, que habia sido su protectora en la »mision del Chablais, y que su corazón se habia alentado »con la generosidad de esta sierva de Jesucristo;» (4) y por último á Santa Polonia, cuyo poder con Dios habia experimentado un día que sufría un fuerte dolor de muelas, pues habiéndole enviado la santa Madre Chantal un lienzo tocado á las reliquias de la Santa, pidiéndole se lo aplicase sobre la mejilla en que tenia el dolor mientras la co-

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XI, sec. XVII.

(2) *Año Santo de la Visitación*, 20 de enero. A la manera que el cartel donde estaba escrito el nombre de cristiano colocado en el pecho de San Sebastian servía de blanco á las flechas de los verdugos, «así, decia el santo prelado, la »cruz que brilla en el pecho de los Obispos, es el blanco que los señala al uni- »verso por siervos de Jesucristo espuestos á las contradicciones del mundo.»

(3) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. VIII, sec. XXIV.

(4) *Año Santo de la Visitación*, 2 de junio.

munidad hacia oracion por su curacion. «Vuestro remedio, le escribe pocos momentos despues devolviéndole el lienzo, ha sido eficaz..... y debo confesar, para gloria de Jesucristo y de su santa esposa Polonia, que no creia poder decir Misa hoy á causa de la grande hinchazon de mi mejilla, pero, habiéndome apoyado en mi reclinatorio y habiéndome aplicado la reliquia, he dicho: ¡Dios mio! que se haga como mis hijas desean, si es vuestra voluntad; y en el mismo instante ha cesado el mal, y mi mejilla se ha desinchado. ¡Oh, cuán admirable es Dios en sus santos! Ha querido que me sobrevenga el mal para honrar á su esposa Polonia, y darnos una prueba sensible de la Comunión de los santos.» (1) Por último, entre los santos mas amados del Obispo de Ginebra, debemos mencionar aún á los dos San Antonios, el uno patriarca de los solitarios, el otro la gloria de Padua. «He escojido al primero, dice, para ser uno de los custodios de mi pequeño desierto interior, donde permanezco solo con Dios en medio del mundo y de los negocios que me rodean; porque ¿me distraeré entre los hombres si este santo ermitaño no se distraia en sus oraciones con las legiones de demonios?» No amaba menos á San Antonio de Padua, cuyas predicaciones apostólicas han convertido á tantas almas; y reprendia á los censores que desaprobaban el uso popular de dirigirse á él para encontrar las cosas perdidas. «Dios, decia, ha hecho ver que esta era su voluntad, puesto que cien veces ha obrado milagros por la intercesion de este santo; ¿pues por qué no creer en la evidencia de los hechos?....» «Verdaderamente, señor, dijo un dia á uno de estos críticos indiscretos, tengo deseo de que nos encomendemos juntos á este santo para encontrar lo que estamos perdiendo todos los dias, vos la sencillez cristiana, y yo la humildad cuya práctica descuido.» (2)

(1) *Año Santo de la Visitacion*, 9 de febrero.

(2) *Idem*, 13 de junio.

Esta devocion de Francisco de Sales á algunos santos en particular, no perjudicaba en nada á lo que debia á los santos en general; reverenciaba á todos, sabiendo que Dios se complace en ver honrar á los que le han amado y servido mejor, y se edificaba con la variedad de sus virtudes. Habiéndole dicho un dia, cuenta uno de los empleados de su casa (1), «que la santidad de un santo no se parece á la de otro:—Verdad es que no, contestó, pues hay tantas suertes de santidad como de santos; y los santos no se parecen unos á otros mas que en el cuidado que han tenido todos de tender al mismo fin.» De ahí ese celo piadoso que le hacia ir á decir Misa á las iglesias el dia que se celebraba fiesta de sus patronos, á predicar en ellas y á asistir á los Oficios y oraciones que se hacen en honor del santo tutelar, y de ahí tambien el gran respeto que tenia á las reliquias de los santos. Hemos visto con qué devocion veneró en Grenoble el manto de San Francisco de Paula, y en el monte Voison las reliquias de San German; y hacia lo mismo con las otras reliquias, venerando en ellos los templos que habia ocupado el Espíritu Santo y las arcas donde habia reposado á menudo la sagrada Eucaristía.

## CAPITULO IX.

Su caridad con el prójimo.

Para comprender la caridad de Francisco de Sales, es preciso recordar que esta no era en él un amor humano que proviniese de un corazon bueno y sensible, sino una caridad sobrenatural en su principio y en su objeto: en su principio, porque procedia del amor mismo que tenia á Dios, pues segun su doctrina, el amor divino no solo ordena el amor del prójimo sino que le produce en el fondo

(1) Dep. de Miguel Favre.